

que es, sin asomo de duda, la obra maestra de Eugenio Orrego Vicuña.

Aún más: es, en su género y en la literatura de Chile, una obra maestra.—JORGE ONFRAY.



TENTATIVAS EN TORNO DEL ARTE Y SU GÉNESIS, por *Homero Bascuñán*

El doctor Clarés Pérez, entre sus originales inéditos, dejó el libro «Psicogénesis del arte» que contiene cinco ensayos o «tentativas», así denominados modestamente por él.

Para el doctor Clarés, el ensayo constituyó siempre el mejor medio de expresión estética y es por eso que lo cultivó con verdadera devoción; pero su muerte prematura lo privó, seguramente, de revisar sus trabajos y darles un mayor brillo estilístico. No pretendemos afirmar que su libro carezca de estilo o que aueuse defectos en su construcción; solamente queremos decir que, de no haber dejado el mundo de las formas, pudo habernos entregado esta «Psicogénesis del arte» tal como él—esteta acabado—la hubiera burilado definitivamente.

A través del primer ensayo, que da título al libro, el doctor Clarés nos asombra al exhibir después de un análisis laborioso, el fruto de su investigación, su verdad: la chispa generadora del arte, extraída de su *Manú* de artista y psiquiatra excepcional. Nos demuestra que la obra de arte es aquello que el artista expelle, que echa fuera (deposición abstracta quizá o escoria cósmica que rebasa del hombre); tal vez excremento de belleza al que el artista, con sus recursos de taumaturgo materializador de sueños, logra neutralizar posibles aspectos desagradables; esto es, que se revele cadáver, que oculte su gesto-cicatriz de Esfinge, de hecho realizado y definitivo, en una palabra, de la facultad de desarrollarse biológicamente a través de la vida, y morir más

allá de los actos del natural acontecer o, dicho de otra manera, de adquirir ese estado inerte de la forma una vez cerrado su ciclo de acción y que el autor, en una imagen feliz, denomina «la pausa del tránsito». Y la nuestra—hablamos de la forma—que todavía, afortunadamente, actúa realizándose en un limitado devenir que es fuga instintiva o anhelo tácito de rodar hacia esa *pausa* de sueño y de oscuridad de tierra, que exprime al hombre inerte su experiencia de tiempo y espacio, se espanta al imaginarse de que ella pueda contener en alguno de sus órganos las raíces, el origen de la obra de arte; tanto así es, que el que lee experimenta parecida reacción a la que produce la exposición de ciertas enseñanzas yogas, en las que algunos autores indos, al llevarnos por el curso de determinadas secreciones, nos estremecen de pavor y nos erizan de duda y repelencia.

Creemos que no está totalmente claro—porque, como ya lo dijimos, el autor no alcanzó tal vez a corregir toda su obra—en aquella afirmación de que la obra de arte será tanto más viva y verdadera cuanto más HOMBRE contenga, pues parece referirse solamente al ser masculino de la especie, por cuanto es condición de macho la función generadora, y no podrá negarse que hay hombres de escasos quilates varoniles, de nula virilidad reproductiva, volcados o inversos (*¿sub-hombres?*), y mujeres geniales (*¿super-Evas?*), que han producido obras maestras en los diversos campos del Arte. Pero dejemos el asunto y volvamos al tema que nos preocupa.

La obra de arte, cuando está hecha de sonidos puede ser un monumento de palabras si es un poema o un milagro de arpegios si es una sonata, porque la expresión artística adquiere presencia cuando la palabra o el arpegio, obedeciendo al genio creador, madura en su entraña el óvulo estético que es belleza potencial originaria de la mente. Pues para gozarla en cuanto a *espectador*, hay que ir saboreándola a medida que ella se nos entrega, ya sea mientras leemos obras selectas o escuchamos selectas armonías, pues no podemos abarcarlas de una sola vez en toda su extensión;

por tanto, hay en ella mucho del goce genésico que es conjunción de caricia desarrollándose, proceso ascendente de placer, violación de infinito, hasta sellar con el espasmo terminal el goce pleno, toda la belleza que contiene. Es distinto el caso de la obra de arte en estatuaria, porque ésta no necesita ser leída o escuchada, ya que una vez realizada, adquirida su forma en la piedra, el bronce o el mármol, queda allí dura e inmutable con su expresión de eternidad en su continente de materia dominada, erguida frente a los hombres más allá de la custodia de Dios. Y nosotros, espectadores profanos, la poseemos penetrándola de luz al fundirnos en ella en un abrazo intangible de deleitosa admiración.

Por eso tal vez los esotéricos están más cerca de la creación artística que el resto de los mortales, pues desde el momento en que le son reveladas las claves herméticas pueden considerarse *aprendices* de creadores: la libido cósmica con que plasman lo maravilloso y recóndito del ser, los ubica entre los que trabajan en obras de eternidad.

En el segundo ensayo, refiriéndose al «dramatismo de la expresión» y a la angustia del eterno devenir rodando hacia el *después*, hacia la liberación de la forma, que es la muerte, expresa que siempre estamos padeciendo del *dolor de haber llegado un poco tarde y de tener que irnos demasiado pronto*.

En el trabajo siguiente («Elogio del límite»), seguramente el mejor del libro, afirma que la expresión máxima del hombre viene a ser el tenaz manifestarse de un anhelo penetrante que, al alcanzar lo eterno, hace brotar el misterio transubstanciándolo en forma hominal, es decir, haciéndolo hombre, al responder en el eco que arranca al infinito y que cae en el ser, como el fulgor de la estrella que responde a las pupilas en los instantes del éxtasis. El doctor Clárés nos habla de la forma lograda, de los volúmenes de materia que el artista ha debido vencer, esto es, reducir, eliminar, hasta liberar la forma escondida, fecundada por él—el artista—en la entraña del bronce o de la piedra.

En el penúltimo ensayo, el autor expone su apreciación



respecto a «el idealismo como negador de acción»—lábaro encendido flotando al viento de las inquietudes en todas las edades, y quemando las sienas de tantos soñadores—; analiza al hombre idealista y señala sus errores; esgrime su ariete contra los prejuicios arcaicos de la humanidad y contra el estado de vergonzante depauperación impuesto por las clases privilegiadas, que se empeñan en eternizar la zozobra en los espíritus por medio de la insuficiencia remunerativa, lo que impide a la masa vivir decentemente o al menos alimentarse como corresponde al ser humano, y no laborar toda la vida, enferma de hambre y muchas veces soportando un dogal que le impide rebelarse y aullar libremente la pena de su triste condición.

El ensayo final es de sumo interés tanto para los padres de familia como para quienes desempeñan labores docentes. En él hace una bien estudiada «interpretación del alma infantil a través de sus expresiones gráficas y plásticas». Con seguridad y conocimiento nos conduce a lo largo de un relato novedoso, audaz y sugerente. Toma al niño en su raíz de sangre, oscura savia que alienta y nutre esa simiente que tanto tiene de infinito, cualidad de *siempre* que es eternidad, tránsito divino anquilosado en la entraña materna, que más allá de la gestación ha de saltar hacia las rutas del tiempo a afrontar la aventura de la vida. Nos habla de su desarrollo, de sus inquietudes, de su educación, indicándonos la manera de orientar sus pasos hacia un destino más digno del hombre, para que el niño, como tal en su edad y como adulto posteriormente, pueda vivir sin apremios, ajeno a la desesperación que, por ahora, sólo termina con el sueño que disgrega y que la cruz—símbolo de angustia clamando al infinito—prolonga sobre la tierra.

Resumiendo, estas «tentativas» son mucho más que eso: son hechos realizados, ensayos macizos y enjundiosos, obra de arte, clave de la vida.

Seguramente—podemos afirmarlo—quienes recién conozcan a este ensayista *ausente*, al recibir de él sus «tentativas»

desde más allá de su tránsito, se deleitarán recorriendo las ciento cuarenta y seis páginas que contienen esta «Psicogénesis del arte», hallazgo valioso para el espíritu, fuego de sabiduría para la estrella del hombre.—H. B.



ALBERTO BLEST GANA: «El Pago de las deudas», «El primer amor» y «Un drama en el campo».—Editorial Zig-Zag.

La ingente obra novelística de Alberto Blest Gana podrá, desde algún punto de vista, carecer de valores originales, pero implicaría vana obstinación negarle importancia histórica. Nuestro novelista fué humilde en sus propósitos. Según declaró, tuvo en vista a Balzac como modelo. Siquiera esto lo enaltecería, en caso de ausencia absoluta de otros motivos para ello. Y, si no consiguió superarlo, ¿por qué habíamos de reprocharle algo que nunca estuvo en el sentido de sus empeños? Sin embargo, a él le debemos la definitiva aclimatación de la novela entre nosotros. Insufló aliento artístico a nuestras jornadas de pueblo naciente a la voluntad de soberanía. Otorgó categoría estética a sucesos y personajes innumerables de nuestra vida social. Se desarrolló, en verdad, a los pechos y en el regazo de la gran tradición novelesca de la Europa decimonónica. De ese inagotable filón dedujo sus recursos técnicos y, cuando se trató de aplicarlos, se orientó hacia un campo de experimentación ya conocido; nutrió sus ejecutorias de vivencias privativas del caudal nativo, y en todo esto radica su ejemplar lección de hombre de letras; auténtica lección de honestidad respecto del oficio, quien lo asocia, de modo vital, a la prédica programática de Lastarria, fuerza espiritual efectiva de nuestro 1842.

Es admirable la sensación de serenidad que dimana del conjunto de sus obras. Nada más ajeno que él a la ciega convulsión, al disparatado delirio. Su serenidad es dinámica y potencial. Es